

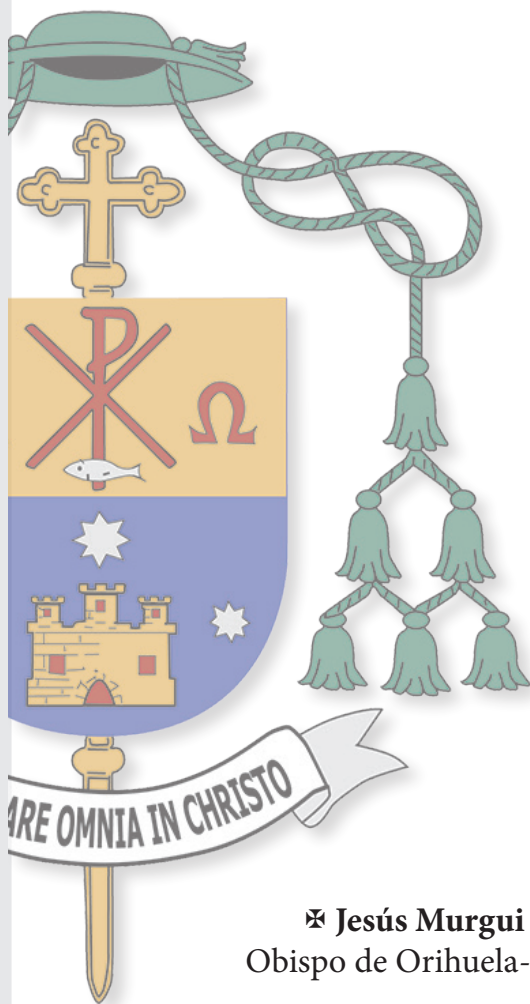
Para participar de la victoria de Cristo

**Comentario al Mensaje del
santo padre Francisco para la
Cuaresma 2017**

**✠ Jesús Murgui Soriano
Obispo de Orihuela-Alicante**



Diócesis de Orihuela-Alicante



✠ **Jesús Murgui Soriano**
Obispo de Orihuela-Alicante



«El otro es un don»

Queridos hermanos y hermanas:

Ante el inicio de la Cuaresma quiero animaros a entrar con vivo interés en estos cuarenta días que nos preparan para celebrar adecuadamente la Pascua.

Cuaresma es tiempo de verdadero cambio y renovación, tiempo para discernir nuestra realidad, tiempo para poner orden en nuestras confusiones, y esto no se lleva a cabo con un mero querer de la voluntad, ni es fruto de la luz de nuestra inteligencia; nace de esa decisión que nos pone a la escucha de Dios, para dejarnos cambiar por Él, para abandonar nuestros caminos y caminar por los suyos.

Al servicio de esto el Santo Padre nos ha dirigido a todos nosotros un muy sugerente Mensaje para la Cuaresma de este año, que me permito comentar y ofrecer en tres entregas, en relación con los tres apartados en los que él mismo divide su Mensaje: «El otro es un don»; «el pecado nos ciega»; «la Palabra es un don».

Papa Francisco, después de hacer referencia a la «fuerte llamada a la conversión» que en este tiempo cuaresmal recibimos, haciendo cita expresa de las primeras palabras de la primera lectura de la Misa del Miércoles de Ceniza: «volved a mí de todo corazón» (Jl 2,12), y tras recordar para este «tiempo propicio», «los medios Santos que la Iglesia nos ofrece: el ayuno, la oración y la limosna», centra su Mensaje «en la parábola del hombre rico y el pobre Lázaro

(cf Lc 16,19-31)», relato del que resalta «que nos da la clave para alcanzar la verdadera felicidad y la vida eterna».

El texto de la Parábola, nos dice el Papa, nos presenta a los dos personajes centrales de la misma, pero tal y como él subraya «el pobre es el que viene descrito con más detalle: él se encuentra en una situación desesperada...Cf vv.20-21)». Además, no es un «personaje anónimo», destaca, «el pobre se llama Lázaro: un nombre repleto de promesas, que significa literalmente 'Dios ayuda'». Y que, mientras que «para el rico es como si fuera invisible, para nosotros es alguien conocido...y, como tal, es un don».

Con todo ello, afirma: «Lázaro nos enseña que el **otro es un don**». «La primera invitación que nos hace esta parábola es la de abrir la puerta de nuestro corazón al otro». Desde ahí, y concretando, nos dice: «La Cuaresma es un tiempo propicio para abrir la puerta a cualquier necesitado y reconocer en él o en ella el rostro de Cristo». «Cada vida que encontramos es un don y merece acogida, respeto y amor. La Palabra de Dios nos ayuda a abrir los ojos para acoger la vida y amarla, sobre todo cuando es débil».

Leyendo estas palabras me han venido a la mente algunas «concreciones». Así, al fijarme en el comentario que hace el Papa de como el pobre es para el rico «como si fuera invisible», he recordado una visita que recibí el pasado 25 de enero, que me hizo mucho bien, quizás porque me hizo pensar, incluso avergonzarme. Eran las cinco personas, dos mujeres y tres hombres, que hicieron presente a nuestra Diócesis, como acción de Cáritas Diocesana, en el Jubileo de los «sin techo», dentro del

Año de la Misericordia; venían a compartir conmigo su experiencia de esos días en Roma, convocados por el Papa Francisco. ¿Qué me hizo especialmente pensar, además de cada uno de los testimonios impresionantes de su peregrinación y, sobre todo, de su vida? Que uno de ellos era de los que piden a la puerta de una conocida iglesia nuestra, y yo, tal como él me dijo «no le había visto».

Por eso, cuando con mucha carga de transparencia el Papa pidió perdón en aquel encuentro Jubilar por las veces que nosotros cristianos «no vemos a los pobres», releiendo esas palabras tuyas, las leí como dirigidas a mí.

El Evangelio del hombre rico y el pobre Lázaro, eje de su Mensaje para la Cuaresma 2017, es tremendamente real en nuestros días, así lo denuncia en su Encíclica «Laudato si»: «Es insostenible el comportamiento de aquellos que consumen y destruyen más y más, mientras otros no pueden vivir de acuerdo con su dignidad humana» (LS 193).

Me parece muy oportuno pedirnos que, especialmente nosotros los sacerdotes de la Diócesis, nos esforcemos por conocer y predicar con ardor los principales contenidos de este Mensaje Papal, despertando nuestras propias conciencias, y, tratando de mover las conciencias de quienes nos han sido confiados, no para que los conservemos en un catolicismo tibio y paralizado, sino que, con la gracia de Dios, los despertemos a vivir con corazón y compromiso, como hijos de la Luz.

Ayudemos en esta Cuaresma a que en nuestros cristianos y en el conjunto de nuestras comunidades resuene fuerte y clara la Palabra de Dios, que en el Mensaje del Papa «nos

ayuda a abrir los ojos». En esta dirección ayuda, y mucho, la experiencia de **oración** de los grupos de «Lectio Divina» que animados por el Plan Diocesano de Pastoral han ido naciendo.

Demos especialmente acogida, así mismo en estos días, a una propuesta diocesana, que viene como vivo eco del Año de la Misericordia, y que repropoemos en la presente Cuaresma: la «**Limosna Penitencial**». Promovamos una **limosna** que sea fruto del **ayuno** y de las privaciones que conlleva, y no sea una formalidad exterior tranquilizadora, sino fruto de conciencias que son «tocadas» por las necesidades, los dramas, las hambres que nos rodean, y que nuestro «mundo», del que nosotros somos parte, trata de «no ver». Abramos «la puerta de nuestro corazón al otro», como nos pide el Papa. Pongamos nombre a tantos «Lázaros» que viven cerca de cada uno de nosotros; pongamos nombre, pongamos corazón a nuestra limosna. Una limosna, verdaderamente penitencial, de conversión, de «descubrimiento del otro como don», de expresión del deseo y súplica de quien se sabe ha de ser él mismo, a semejanza del Señor, don para los otros.



«El pecado nos ciega»

El Papa Francisco, en su mensaje cuaresmal centrado en la parábola del pobre Lázaro y el rico, señala como ésta «es despiadada al mostrar las contradicciones en que se encuentra el rico», afirmando: «En él se vislumbra de forma patente la corrupción del pecado, que se realiza en tres momentos sucesivos: el amor al dinero, la vanidad y la soberbia».

Así el Papa, tras recordar que el «apóstol Pablo dice que ‘la codicia es la raíz de todos los males’ (1Tm 6,10)», nos dice: «Esta es la causa principal de la corrupción y fuente de envidias, pleitos y celos. El dinero puede llegar a dominarnos hasta convertirse en un ídolo tiránico (cf. Exh. ap. *Evangelii gaudium*, 55). En lugar de ser un instrumento a nuestro servicio para hacer el bien y ejercer la solidaridad con los demás, el dinero puede someternos, a nosotros y a todo el mundo, a una lógica egoísta que no deja lugar al amor e impide la paz».

A esto añade que «la parábola nos muestra cómo la codicia del rico lo hace vanidoso. Su personalidad se desarrolla en la apariencia, en hacer ver a los demás lo que él se puede permitir». Afirmando seguidamente que «el peldaño más bajo de esta decadencia moral es la soberbia... Para el hombre corrompido por el amor a las riquezas, no existe otra cosa que el propio yo, y por eso las personas que están a su alrededor no merecen su atención. El fruto del apego al dinero es una especie de ceguera: el rico no ve al pobre hambriento, llagado y postrado en su humillación».

Efectivamente S. Lucas en el capítulo 16 de su Evangelio, en el que está la parábola, recoge la catequesis de Jesús sobre el uso de las riquezas, y viendo el personaje del rico se «entiende», como señala el Papa, su «condena» del «amor al dinero», y así recuerda las palabras de Jesús en (S. Mateo 6,24: «Nadie puede estar al servicio de dos amos... No podéis servir a Dios y al dinero».

Detengamos por un momento nuestra atención en estas palabras. Lo enunciado por Jesús, de manera concluyente y decisiva, impresiona. Habla de «amos» y de «servir». Su lenguaje es elocuente y claro. La situación del que se encomienda al «dios dinero» se deteriora, se degrada: renuncia a su libertad y se vende y ata a su amo, que es como una potencia, un poder, capaz de someter al mundo entero y, con él, a las personas.

Como señala el Papa: «el amor al dinero, la vanidad y la soberbia», es como un proceso de «corrupción». Es ir ahondando en un girar, un vivir, alrededor de uno mismo; un instalarse, a veces poco a poco y sin darse totalmente cuenta, en un mundo egoísta, meta y obra de las propias manos, que hace penetrar en las tinieblas hasta el punto, ya «normal», de estar ciego, hasta el punto de no ver a un mendigo sentado a la puerta de su casa; hasta el punto de que uno tan solo ve su interés y su teatro vital, su yo omnipresente, y deja de «ver» a aquellos que le rodean.

Girar sólo alrededor de uno mismo, atrincherarse en el propio interés y hacerse fuerte –a veces muy sutilmente– en el propio yo, es, como también se ve con claridad en la parábola comentada (cf. Lc 16, 19-31), encaminarse a la condenación, al infierno. Incluyo ya –anticipadamente–

en esta vida. Es encaminarse a vivir encerrado detrás de las propias trincheras, con un foso escavado día a día que me separa de los demás, del amor, de Dios mismo. Con una eternidad que es prolongación del aislamiento y la «ceguera» que me he labrado en esta vida, prolongación del pecado de sólo verme a mí mismo, acabando sin ver a Dios ni a los demás en mi vida. Desdichado el ser humano que se ha cavado un abismo que lo separa de la luz, del amor, de la comunión, de la vida.

Dios mismo se ha acercado a nosotros como hermano, como prójimo, se ha hecho pobre y entregado en Jesús para rescatarnos del pecado de la ceguera, de la oscura soledad y, así, llevarnos a la luz. San Jerónimo lo refleja esto de modo muy sugerente en una homilía a los recién bautizados, sobre el Salmo 41: «Decid, pues, los que acabáis de revestiros de Cristo y, siguiendo nuestras enseñanzas, habéis sido extraídos del mar de este mundo, como pececillos en el anzuelo: «En nosotros, ha sido cambiado el orden natural de las cosas. En efecto, los peces, al ser extraídos del mar, mueren: a nosotros, en cambio, los apóstoles nos sacaron del mar de este mundo para que pasáramos de muerte a vida. Mientras vivíamos sumergidos en el mundo, nuestros ojos estaban en el abismo y nuestra vida se arrastraba por el cieno, mas, desde el momento en que fuimos arrancados de las olas, hemos comenzado a ver el sol, hemos comenzado a contemplar la luz verdadera....» (CCL 78, 542-544).

Dichoso quien, «revestido de Cristo», vencida su ceguera se ha puesto al servicio de los hermanos necesitados, quien hace suyas, como Él, las necesidades de los demás. Pidamos al Señor que nos quite lo que nos estorba, lo

que nos encierra en el palacio de nuestro egoísmo, de nuestro orgullo, de nuestra vanidad de tener o de saber. Pidamos al Señor que nos quite todo aquello que nos hace indiferentes, insensibles hacia tantos hermanos sentados fuera –en tantas «periferias»- y privados de lo que realmente necesitan: privados de casa, de pan, de instrucción, de salud, de cuidados; privados de amor, de compasión, de compañía, de esperanza.

Que Él nos conceda ser capaces de compartir todo lo que recibimos de sus manos, pan espiritual y pan material. Nos conceda encontrarnos allí donde Él ha querido venir a vivir en medio de nosotros; Él, el verdadero pobre, porque siendo rico se ha hecho pobre para enriquecernos por medio de su santa y gozosa pobreza, por medio de su donación total y entrega absoluta, hasta la cruz, tal como nos disponemos a celebrar en la cercana Semana Santa.

Que el Señor nos conceda una Cuaresma en la que busquemos el perdón de nuestros pecados, que sólo Él nos ha conseguido y nos da, curándonos de nuestras cegueras, entre ellas no ver el propio pecado; curándonos de no verle en nuestros hermanos, y recordándonos que en el otro llegamos realmente, verdaderamente, a Él.

Busquemos tiempos de silencio, de liberación de prisas y de apariencias; silencios en presencia de Dios, tiempos de escucharle y de vernos a nosotros mismos delante de Él, tiempos de dejarnos iluminar para descubrir nuestros egoísmos y cegueras, nuestros pecados de indiferencia y de comodidad ante los Lázarus que no vemos y, quizás, tenemos muy cerca.

Sería adecuado a la luz de todo esto, de todo lo dicho, reexaminar cómo valoramos en nuestra vida social y eclesial las **tareas** especialmente **configuradas para atender y servir necesidades**; cómo, además de cada uno, concretamente nuestras parroquias y comunidades ven, se acercan, ayudan a los Lázarus de nuestros días. Sería adecuado, quizás también, repensar, por parte de muchos de nosotros de un modo u otro dedicados a educar (padres, catequistas, sacerdotes, maestros, responsables de la cosa pública, etc...) como acentuamos personalmente, y en instituciones como colegios católicos, la importancia de atender en nuestros niños y jóvenes una «**educación**» en la hospitalidad, en el servicio, al igual que educar en la pobreza voluntaria. Enseñar a desprenderse, a prescindir, a liberarse, a vaciarse, a entregarse a Dios y a quienes nos necesitan: especialmente a quienes por nuestro estado, tarea o servicio nos han sido confiados.

En un mundo que busca tener, poseer, aparentar, dominar, **es ir contracorriente vivir y educar en cristiano, en la mente de Cristo**, siguiéndole, imitándole; es decir, vivir y educar convencidos de que la plenitud, la felicidad, la realización personal consiste en vaciarse de uno mismo y de tantas cosas, para entregarse y servir. Tengamos bien presente, al respecto, una sabia afirmación del Mensaje del Papa Francisco que les reitero para pensar: «Dejémonos guiar por este relato tan significativo, que nos da **la clave** para entender cómo hemos de comportarnos para alcanzar la verdadera felicidad y la vida eterna».



«La Palabra es un don»

En la parábola del rico y el pobre Lázaro, desde la que el Papa Francisco trata de ayudarnos en este tiempo cuaresmal, vemos que su mayor parte se desarrolla en «el más allá», ocupando un lugar destacado el diálogo del rico con Abraham, haciendo notar el Papa que hasta ese momento «no se había dicho nada en la parábola de su relación con Dios. En efecto, en su vida no había lugar para Dios, siendo él mismo su único dios».

Así mismo, prosigue: «El rico sólo reconoce a Lázaro en medio de los tormentos de la otra vida, y quiere que sea el pobre quien le alivie su sufrimiento... Los gestos que se piden a Lázaro son semejantes a los que el rico hubiera tenido que hacer y nunca realizó». Ante la réplica de Abraham a su petición, se hace notar por el Papa que en «el más allá se restablece una cierta equidad y los males de la vida se equilibran con los bienes».

La parábola tiene una prolongación, que, según el Papa Francisco, «de esta manera se dirige a todos los cristianos». En ella, ante la petición del rico de que sea enviado Lázaro a sus hermanos, Abraham responde: «'Tienen a Moisés y a los profetas; que los escuchen' (v.29)»; y, frente a la objeción del rico, añade: «'Si no escuchan a Moisés y a los profetas, no harán caso ni aunque resucite un muerto' (v.31)».

Desde ahí concluirá con claridad el Santo Padre: «De esta manera se descubre el verdadero problema del rico: la raíz de sus males está en **no prestar oído a la Palabra de**

Dios, esto es lo que le llevó a no amar a Dios y por tanto a despreciar al prójimo». Con esto, nos recuerda: «La Palabra de Dios es una fuerza viva, capaz de suscitar la conversión del corazón de los hombres y orientar nuevamente a Dios. Cerrar el corazón al don de Dios que habla tiene como efecto cerrar el corazón al don del hermano».

Del conjunto de la parábola, y, en concreto de este diálogo del rico con Abraham, emerge también un tema fundamental: el hombre decide en el tiempo su destino eterno –vida o muerte- sin que exista otra posibilidad. Quien confía tan sólo en sí mismo y en una felicidad egoísta, como meta única de su mente y obra de sus manos, penetra en una especial soledad, en las tinieblas, corre el serio peligro de instalarse en «el pecado que nos ciega», y que impide ver a Dios y a los hermanos, sobre todo a quienes nos necesitan, a los Lázarus que están sentados a la puerta de la propia vida. Quien confía en Dios y escucha lo que nos dice en su Palabra, reconociéndose criatura dependiente de Él, se adentra en la sabiduría y lleva en su corazón un germen de eternidad que florecerá en felicidad y paz eternas.

Para el rico la muerte es un enorme drama, que, además de arrebatarse el teatro vital en el que se ha instalado y entronizado, le sitúa ante el abismo al que se ha encaminado, día a día y gesto a gesto, y que le separa de una eternidad luminosa y viva. Este gran abismo marca la triste suerte del rico, de la que se da cuenta tarde, cuando es imposible cambiar. Para Lázaro la muerte liberadora, quizás largamente esperada, llega como amiga. Y la escena cambia. Él, el despreciado, el «no visto», es «llevado por los ángeles al seno de Abraham». Descartado por los hombres es amado por Dios y elegido para participar en el

banquete del cielo.

Este tema fundamental, la decisión del destino eterno, aparece profundamente unido a escuchar o no escuchar la Palabra de Dios, hasta el punto de que el Papa ve en el rico, en «la raíz de sus males», el «no prestar oído», «cerrar el corazón al don de Dios que habla». Y, tal como se lee en la parábola, se ve que ni siquiera un milagro como la resurrección de un muerto podría ablandar la dureza de corazón, que hace oídos sordos a lo que el Señor dice incesantemente por medio de las Escrituras (vv. 27-31). Para salir de la ceguera, para colmar en vida el abismo, basta abrir las Escrituras, escuchar y acoger la Palabra de Dios. Como dice el Papa en el mismo Mensaje: «en la base de todo esto está la Palabra de Dios». «La Palabra de Dios nos ayuda a abrir los ojos para acoger la vida y amarla, sobre todo cuando es débil».

De ahí que nos llame a vivir una Cuaresma como «tiempo propicio para renovarse», para vivir un «verdadero camino de conversión», precisamente desde el redescubrimiento del «don de la Palabra de Dios», «en el encuentro con Cristo en su Palabra».

En el esfuerzo de renovación pastoral de nuestra Diócesis de Orihuela-Alicante hemos puesto como primera gran referencia del mismo el **encuentro con Cristo**, situando como **mediación privilegiada la escucha orante de su Palabra**, promoviendo la «lectio divina» en nuestras Parroquias y comunidades, siendo este el gran referente del itinerario formativo que ofrecemos en el Plan Diocesano de Pastoral de estos años. A su vez, vemos en el encuentro con Él el punto de **inicio de nuestra transformación** (*Evangelii*

Gaudium, 1), así como de la **conversión a la misión a la que él nos envía.**

Procuremos, especialmente en estos días cuaresmales y en la próxima Pascua, el encuentro con la Palabra, don que nos hace descubrir al Señor, su mente y su voluntad, conocer nuestras cegueras y caer en la cuenta de tantos Lázaros que llaman a nuestra puerta. Cuidemos en la **catequesis**, a sus diversos niveles, la centralidad de la Palabra. Promovamos, especialmente nosotros Sacerdotes con la **predicación** de estos días santos, la escucha de la Palabra y la conversión del corazón que ella nos trae. Procuremos ofrecer espacios y momentos en nuestros templos y comunidades, que faciliten el **silencio** ante el Señor, el recogimiento adecuado para «**oír su voz**».

Así mismo el Santo Padre anima a nuestra renovación cuaresmal por el encuentro con Cristo «en los sacramentos». De forma eminente viene a mi pensamiento la importancia de celebrar y acercarse fructuosamente a la Eucaristía, que en esta Cuaresma adquiere un especial protagonismo al coincidir el inicio de la misma con el comienzo de la utilización de la Tercera Edición del Misal Romano en lengua española, que deseamos sirva para ayudarnos a todos a pasar de los signos al misterio, para una participación más profunda en la celebración eucarística. Ayúdenos a acercarnos adecuadamente a celebrar y a recibir el don eucarístico el «ser purificados del pecado que nos ciega», gracias al sacramento de la Penitencia. Sacramento de especial referencia en estos días cuaresmales que nos disponen a celebrar en verdad la Pascua del Señor.

Especialmente, después de acoger la Palabra, en la parábola que nos comenta Papa Francisco en su Mensaje cuaresmal, nos sentimos impulsados a vivir una Cuaresma marcada por el encuentro con Cristo «en el prójimo» y el deber de servirle «presente en los hermanos necesitados».

Evidentemente como «campaña de Cuaresma», hemos propuesto por medios diversos en nuestra Diócesis potenciar la **limosna penitencial**, haciéndonos más sensibles a las necesidades de tantos Lázaros como tenemos entre nosotros, de modo que el **ayuno y las privaciones cuaresmales** se conviertan en ayuda, en **limosna**, canalizada, a ser posible, hacia destinos concretados comunitariamente, y desde una praxis con corazón, afectada por el deseo de conversión y voluntad penitencial.

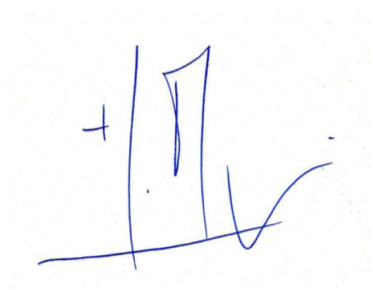
Hay sin duda, además, necesidades no estrictamente materiales que servir y atender en «hermanos necesitados». La Palabra del Señor que ilumina nuestro Plan Diocesano para el presente curso es la que nos ofrece S. Lucas en el relato de los discípulos de Emaús. En ella estamos contemplando al Señor Resucitado acompañando a sus discípulos en el camino de Jerusalén hacia su aldea; de ahí, que «el acompañamiento» sea el acento destacado para el presente curso pastoral. **Acompañamiento** en la tarea y servicio de los padres, de los sacerdotes, de los catequistas, de los maestros, de los visitantes de presos y enfermos, de los voluntarios de migraciones y de Cáritas.

Sea tiempo oportuno esta Cuaresma y próxima Pascua, para evaluar cómo acompañamos –ante el modelo de Jesús en este pasaje de S. Lucas-; cómo nos acercamos,

escuchamos, ayudamos a los hermanos que sufren en su espíritu, en diversas situaciones de oscuridad, desorientación, soledad, desesperanza. Tiempo oportuno para «ver» qué no estamos haciendo, qué debemos hacer ante Lázarus cuyas llagas están en su espíritu.

En fin, reiterando mi deseo de una santa Cuaresma para una feliz Pascua, concluyo estos comentarios con las palabras del Papa en su Mensaje: «Oremos unos por otros para que, **participando de la victoria de Cristo**, sepamos abrir nuestras puertas a los débiles y a los pobres. Entonces viviremos y daremos testimonio pleno de la alegría de la Pascua». Que así sea.

Orihuela – Alicante, 1 de marzo de 2017
Miércoles de Ceniza



✠ **Jesús Murgui Soriano**
Obispo de Orihuela-Alicante

